

Vicente Mengod

El tema árabe en la obra de Menéndez y Pelayo



SE CELEBRA ahora el centenario del natalicio de Marcelino Menéndez y Pelayo, hombre de profundo saber, escritor exquisito, crítico dotado de gran capacidad para establecer síntesis de las manifestaciones estéticas más complejas. Su valor extraordinario se puso de manifiesto con la publicación de su obra titulada *Ciencia española*. Como poeta brilló en una colección de *Odas, epístolas y tragedias*. Quizás sus mejores obras sean aquellas tituladas *Heterodoxos españoles* e *Historia de las ideas estéticas en España*.

La edición de las *Obras completas de Lope de Vega* era dirigida, prologada y comentada por Menéndez y Pelayo. Sin duda, un coloso como Lope necesitaba ser estudiado por un gigante de la crítica española.

Con frecuencia se ha glosado la enorme capacidad de trabajo que tenía el gran erudito de las letras hispanas. Se ha dicho que jamás citó un solo libro sin conocerlo a fondo. Por esta razón, sus trabajos de síntesis, sus innumerables citas y referencias son de una perfecta exactitud. Los juicios que formula son consecuencia de plurales confrontaciones. Por esta razón, aunque algunas ideas de Menéndez y Pelayo hayan sido rectificadas y superadas, es necesario

admitir que su original formulación brotó por obra y gracia de un hacer personal, intransferible, como agua de manantial recién nacida.

Es cierto que el autor de *Las ideas estéticas en España* resolvió diversos problemas de investigación. Otros fueron apuntados, tan sólo. Sin embargo, sus investigaciones no terminadas sirvieron y sirven para disparar los anhelos de gente estudiosa, de hombres que saben emprender las no siempre fáciles rutas de la crítica literaria.

Los temas anotados en sus libros son numerosos. Pero algunos tienen para mí un encanto inagotable. Tal por ejemplo el que suscita la presencia y proyecciones del tema árabe en la literatura castellana.

Hasta hace poco tiempo no se había estudiado profundamente los entronques e interacciones de las estéticas árabe y española. Sin embargo, Menéndez y Pelayo sugirió la urgente necesidad de comprender este fenómeno. Y recomendaba que los manuscritos escurialenses fueran desempolvados.

Sin duda, los estudios de Menéndez y Pelayo aumentaron el deseo de conocer el contenido de las viejas doctrinas del sufismo oriental, buscando sus nexos espirituales, tendidos hacia el que habría de ser brillante misticismo español.

En su *Historia de las Ideas Estéticas* dedica páginas brillantes al estudio de los escritores neoplatónicos árabes Avempace y Abubeker Ben Tofail. Y, finalmente, exhuma una serie de autores y de obras cuya significación y valor son incalculables.

Al socaire de sus citas, cabe reconstruir los orígenes y la expansión de las doctrinas del sufismo, es decir, de esa primitiva postura mística de ciertas agrupaciones musulmanas.

Tal vez uno de sus filósofos más importantes haya sido Mohidin Ben Arabi, genuino representante de una original vertiente panteísta. Su obra principal es la titulada *Revelaciones de la Meca*. En sus páginas rebulle el esoterismo musulmán, se dan orientaciones para conseguir la perfección ascética, para salvar los distintos grados de perfección mística. Su finalidad no es otra que obtener la unión mística

del alma con Dios. Ideas que han dejado huellas profundas en los grandes soñadores hispanos.

Para el sufí es una verdad que la inteligencia humana no puede conocer la realidad suprema, ya que Dios es lo absoluto y la criatura lo relativo. Por eso, para llegar a la divinidad o para que Dios llegue al hombre, a morar en el hombre, debe practicarse el método ascético-místico. Ello conduce a "la dulzura de la miel y a una emoción del amor".

Los ascetas sufíes admiten la posibilidad de los milagros y de ciertas apariciones. Algunos han llegado a contraer matrimonio con todas las estrellas del cielo y con todas las letras del alfabeto. Lo que supone, en efecto, una comunión del hombre con Dios y sus atributos, la aceptación de un místico revolar a través de las cosas.

Menéndez y Pelayo destaca que en esta doctrina hay una fina irisación poética, que en sus prácticas esotéricas, en su panteísmo, se conjuga la forma oriental y la teoría plotiniana de la emanación.

La irradiación de las ideas de aquellos hombres fué considerable. En la *Historia del Caballero Cifar* se hace presente una tendencia moralista y altruísta. El proyecto del héroe de fundar un hospital para caballeros viajeros recuerda a los sufíes giróvagos, institución que evoca la de los mendicantes cristianos.

Sabido es que la escuela de los traductores de Toledo dió a conocer obras árabes que han tenido indudable influencia en la literatura española. Tradujeron, por ejemplo, los libros de Ben Tofail y vertieron al castellano las doctrinas místicas de Ben Arabi.

Menéndez y Pelayo dirige su atención a los filósofos Avempace y Ben Tofail. Sobre todo centra sus observaciones e interpretaciones en este último, ya que su obra resume las ideas filosóficas del primero. La gran obra que analiza se titula *El Autodidacto*, libro perfectamente encuadrado en las ideas sufíes, con ciertos aditamentos que lo convierten en la creación más curiosa y original de la literatura árabe. Quizás haya sido Menéndez y Pelayo el primer erudito que, con hondo espíritu crítico, enfocó el contenido de esta obra.

Pocas concepciones del ingenio humano tienen un valor tan sintético y profundo. *El Autodidacto* es una especie de fantasía psicológica, un discurso sobre el método, desarrollado en forma poética.

Menéndez y Pelayo nos hace ver que las visiones de Ben Tofail se resumen en un misticismo estético, en una aspiración a la belleza pura con abstracción de las formas sensibles, que en sus páginas hay una mezcla singular de iluminismo y de audacia especulativa.

El insigne polígrafo español nos da normas para resumir el contenido de una obra, que tanto eco encontrara en algunos místicos hispanos.

El Solitario Hai, nacido en una isla desierta, amamantado por una gacela y entregado luego a sus propias fuerzas, va educándose a sí mismo, elevándose desde el conocimiento de las cosas sensibles, concretas, particulares, relativas y temporales, a la contemplación de lo absoluto, necesario y eterno, hasta obtener la perfección espiritual suma, mediante su unión con las "formas superiores" de que Avempace hablaba.

Cuando el Solitario ha llegado a abismarse en el éxtasis y en la contemplación, empleando para ello medios materiales, acierta a llegar a la isla un santón sufí que había alcanzado las mismas consecuencias que el Solitario, pero siguiendo un camino absolutamente diverso, es decir, el de la fe y no el de la razón. Poniendo el uno enfrente del otro, Ben Tofail ha querido mostrar que la armonía y concordancia entre estos dos procedimientos es posible y válida, en última instancia.

Las últimas páginas del libro nos presentan a Hai en el ápice de su contemplación, después de haberse sumergido en el centro del alma. Llega a ver el ser de las supremas esferas, región en donde es posible hallar el sumo deleite, gracias y alegrías. Y en ella, tal profusión de luz y de hermosura que ni los ojos pueden resistirla, ni escucharla los oídos, ni concebir la mente de los hombres, como no sea los que ya la han alcanzado.

Menéndez y Pelayo nos llama la atención sobre un fenómeno espiritual: según Ben Tofail, el alma llega a gozar de la suprema belleza por obra y gracia de un sutil aleteo a través de las cosas, mediante sucesivas ascensiones y adaptaciones. Posteriormente, la crítica ha señalado vinculaciones de estas ideas con las de Santa Teresa de Jesús. Y así es, en efecto.

La santa de Avila, para analizar la experiencia mística del alma, se vale de una visión traducida en la metáfora de "un castillo todo de diamante y muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas".

Señala siete estancias que corresponden a otros grados de perfección. El alma, antes de confundirse con la suprema belleza, sufre tres experiencias: purgativa, iluminativa y unitiva.

Cada una de estas moradas supone un paso hacia la soñada felicidad. Poco a poco, aumentan las riquezas, tesoros y deleites espirituales. El ansia es cada vez mayor. Hasta que se oye al Amado, como si el alma sintiese el silbo de un pastor. Brotan quietud y serenidad. Y en la séptima morada se realiza el divino y espiritual himeneo.

La unión del alma con Dios es como si dos velas de cera se juntasen, "tan en extramo" que toda luz fuese una. Algo, en suma, difícil de entender para los hombres demasiado humanos. Pero una rica experiencia espiritual que recuerda la fantasía psicológica del extraño y genial Ben Tofail.

Menéndez y Pelayo llega a enlazar la resonancia de estas doctrinas musulmanas con la obra de otros escritores, tales como Berceo y Raimundo Lulio. Y sus observaciones sirven de punto de partida para interesantes confrontaciones.

No cabe duda que el iluminismo de Lulio es de raíz árabe. La influencia de los santones es notable en gran parte de sus obras, pensadas en las normas métricas de la poesía, en el cañamazo poético de la prosa.

Raimundo Lulio, al principio de sus cartas, restallantes de liris-

mo, de gran alcurnia, escribe la palabra Jesús, ya que los árabes encabezaban sus epístolas con la invocación de Mahoma.

Con razón se ha dicho que Lulio es un sufí cristiano. Como Ben Arabi y como Ben Tofail, dice que las ciencias se alcanzan por la fe y por el entendimiento. Los grandes problemas los descubre Dios al hombre por iluminación.

En la creación del escritor mallorquín, el amor divino se entrelaza con la mística musulmana. De ahí que su mística, de gran proyección en los autores castellanos, ha de ser estudiada en íntima relación con el sufismo. Muchas de las efusiones de los místicos hispanos recuerdan aquellas palabras de un sufí: "En el principio, mi alma y la tuya no eran sino una". Palabras que tienen su antecedente en un santón enamorado, que solía exclamar, en visión totalizadora: "Yo soy el Amor, el Amante y el Amado". De esta fórmula a las efusiones de Lulio media escasa distancia conceptual. Para corroborarlo, basta con recordar aquellos versos en que nos dice que la mayor belleza de la eternidad es la de ser eterna, la de eternizar eternizando. Tres conceptos que forman una entidad. Si la suprema belleza no fuera así, no podría ser belleza de amigo y de amante. Dios posee toda la belleza, en virtud de ser productor de ella, de estar produciéndola y de haberla producido. Fácilmente se observa que volvemos a encontrarnos con la fórmula sufí de encerrar en uno al Amor, al Amante y al Amado.

Menéndez y Pelayo, después de haber fijado esas filiaciones espirituales, nos dice que Raimundo Lulio es uno de los grandes místicos de la Edad Media. Y agrega que su corazón era "casa de amores". Para él cantaba siempre el pájaro en los vergeles del Amado. Como ya hemos indicado de manera indirecta, una de sus frases parece haber calado el alma de doncellas iluminadas y milagreras, de Santa Teresa, de mujeres cuya juventud llegaba a marchitarse entre maitines y pardas tocas, allá en las pétreas fábricas de los conventos.

Con su certera intuición, el creador de la gran escuela filológica española, haciéndose eco de las investigaciones de aquel patriarca de

la nueva escuela de arabistas españoles, que fuera Francisco Codera, pone el énfasis en el hecho innegable de que las lucubraciones de los sufíes y el esoterismo musulmán rebrotan en plurales sensibilidades españolas. Por esta razón, aconsejaba el estudio de los textos árabes, de los manuscritos que, hasta hace poco, dormían en los archivos del Escorial, entre nubes de muy añejo polvo.

Después de haber seguido el hilo de las fantasías místicas de Ben Tofail, Menéndez y Pelayo se dedica a enumerar los nombres y las obras de otros ingenios musulmanes. Sus notas rápidas señalan, sin embargo, rutas asaz valiosas para la investigación.

Nada más interesante que fijarnos en tales autores, algunos desconocidos hasta que apareció su nómina en unas líneas marginales de la gran *Historia de las Ideas Estéticas*.

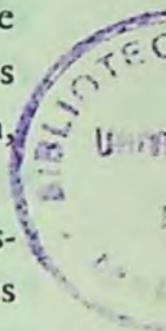
Veamos cuáles son esos autores, que Menéndez y Pelayo potencia en su estudio.

Uno de ellos es Jalil ben Hamed, retórico que vivió hacia fines del siglo II de la Hégira. Insiste en su obra, por cuanto aquel escritor parece haber sido el primero que formuló, conforme a los versos de los poetas anteislámicos, las reglas de la métrica, luego universalmente aceptadas por todas las naciones musulmanas. Anotemos que Jalil, para facilitar la inteligencia de las transmutaciones de unos metros en otros, ideó cinco esquemas en forma de círculos.

Si Menéndez y Pelayo insiste en la conveniencia de conocer a este autor, se debe al hecho de que sus aportaciones han tenido una resonancia permanente en la gran parábola de la poética árabe, de tantas y fecundas influencias en la poesía castellana.

Con frecuencia, remite al lector a los no muy perfectos catálogos escurialenses. Pero he ahí que la sola preocupación de citar y resumir algunas obras despertó en algunos arabistas el deseo de estudiarlas y de fijar con la máxima aproximación sus valores. En este sentido, Menéndez y Pelayo atizó inquietudes, fué una especie de conductor de futuras investigaciones.

Habla, por ejemplo, del preceptista Aben-Malik, natural de Jaén y domiciliado en Damasco, el cual, además de varios poemas grama-



tales, entre ellos uno muy célebre de mil versos, intitulado *Alfiyya*, que ha tenido innumerables comentadores, compuso *El arte de facilitar las enseñanzas útiles y de perfeccionar los estudios*. Todo ello está contenido en el código 64 del Escorial.

Nos señala también la existencia de muchos comentarios a la obra clásica del persa Assakaki, titulada *Clave de las ciencias*, dividida en tres partes: la primera, de Gramática; la segunda, de Retórica, y la tercera, de Poética.

Con la simple cita, y al decir que Assakaki fué una especie de Quintiliano musulmán, consiguió canalizar muchos intereses dispersos.

Agrega Menéndez y Pelayo que el código 215 del Escorial contiene una antología de versos relativos a la primavera, compuestos todos por poetas españoles y comentados por un granadino.

En nuestros días, algunos de estos poemas figuran ya traducidos en breves antologías.

Dijo, asimismo, que en el código 1,030 están las obras de un famoso retórico español, llamado Abu Mohamed Abdallah, natural de Badajoz. Este escritor murió el año 882 de nuestra Era. Otra obra fundamental se titula *El comentario improvisado sobre la instrucción de los escritores*, atribuída al historiador Aben-Coteiba.

La curiosidad del polígrafo español era insaciable. Jamás quiso hacer alarde de una erudición de segunda mano. Revisó toda la inmensa riqueza de la Biblioteca del Escorial. Y pudo seguir ensanchando sus puntos de vista, con otros autores y con nuevas obras.

Podría decirse que exhumó uno de los libros más interesantes de Abmad Ben Jusuf, escritor llamado “el español” y también “el ciego”. Se trata de un poema sobre las figuras retóricas: *El manto recamado y la sed apagada*.

Siguiendo las rutas poéticas señaló la presencia, en el código 352, de una antología crítica, debida a Abubeker-ben-Abd-el Malik, muerto por los años 1115. Esta joya literaria, debidamente conocida ahora, se titula *Las perlas de las bellas letras, y los tesoros que guardan reservados los poetas y los escritores*.

Menéndez y Pelayo escribió en su *Historia de las Ideas Estéticas*: “Varias antologías compuestas exclusivamente de poetas españoles aguardan todavía quien las traduzca y comente. En el Escorial existen *La provisión del viajero para el camino y el punto rutilante de la faz descubierta de las buenas letras, Los collares de oro nativo, El regalo ofrecido al que llega, La fascinación y la Poesía*. Además de estos repertorios generales, existen colecciones particulares de las poesías de varios ingenios, tales como los nombrados Aben Jafacha, Alansari, Aben-Hani y Aben-Hazim”.

Y más adelante agrega: “Una historia crítica de la poesía arábica española, una antología de textos y traducciones, serían empresas muy dignas de tentar la ambición de cualquier arabista. Pero no se ha de culpar a los nuestros, porque siendo, como son, más dados generalmente a los estudios graves que a los amenos, hayan acudido primero a lo que más urgía, esto es, a la reconstrucción de nuestra historia política, con ayuda de los textos árabes. De la historia literaria se ha escrito muy poco. Como libro de vulgarización, sólo puede recomendarse el de Schack, admirablemente traído a nuestra lengua por Valera”.

Menéndez y Pelayo se refiere a la obra *Poesía y Arte de los árabes en España y Sicilia*.

Hubo, pues, en nuestro autor, una preocupación por los temas árabes en relación con las perspectivas españolas. Al señalar la existencia de algunas obras facilitó la tarea previa de toda investigación. Ahora, a más de cincuenta años de aquellas insinuaciones, los arabistas forman legión en España. Y sus descubrimientos han orientado por nuevas rutas el problema de los orígenes de la literatura peninsular.

He aquí una de esas investigaciones. Nos referimos al tema de “las jarchas”, es decir, a los versos en romance que aparecen al final de los poemas árabes o hebreos. Esas “jarchas o finidas” son unas cancioncillas del más puro estilo lírico y se remontan, posiblemente, al siglo X. El descubrimiento tiene varias consecuencias importantes.

Primera, la de llevar un siglo adelante de 1140 la fecha conocida de los orígenes literarios del castellano. Segunda, la de hacer esos orígenes líricos y no épicos, rompiendo de este modo un lugar común demasiado extendido, que niega trascendencia subjetiva a las formas artísticas de la lengua castellana. Y tercera, la de cambiar los orígenes.

Las "jarchas" han sido traducidas por el arabista Emilio García Gómez. El manuscrito en donde se hallan se denomina *Recurso del cortesano y distracción del visir y del magnate*. Su autor fué Alí ibn Busra al-Igranati.

La insistencia en los temas árabes y su valor para la historia literaria española fueron repetidos por Menéndez y Pelayo. Sus discípulos proyectaron esta preocupación, que fué recogida y tamizada por los arabistas españoles. Gracias a sus insinuaciones y a las posteriores investigaciones, el individuo español, el hombre que gustaba balancearse en las frondas de plurales tradiciones, se ha dado cuenta de que en su espíritu ha germinado la semilla musulmana, lanzada como al desgaire.

Menéndez y Pelayo, en un pasaje del prólogo de la *Historia de las Ideas Estéticas*, había dicho: "Detrás de cada hecho o, más bien, en el fondo del hecho mismo, hay una idea estética, y a veces, una teoría o una doctrina completa, de la cual el artista se da cuenta o no, pero que impera y rige en su concepción de un modo eficaz y realísimo. Esta doctrina, aunque el poeta no la razone, puede y debe razonarla y justificarla el crítico, buscando su raíz y fundamento, no sólo en el arranque espontáneo y en la intuición soberana del artista, sino en el ambiente intelectual que respira, en las ideas de cuya savia vive y en el influjo de las escuelas filosóficas de su tiempo".

He ahí que tales normas de crítica histórica y estética parecen haber calado muy hondo en la sensibilidad de los actuales arabistas hispanos. Imbuídos de la urgente necesidad de preguntarse por las razones primeras de los fenómenos literarios, han llegado a fundamentar las íntimas conexiones de algunos hechos acaecidos en los recintos de la creación estética. Meticulosas investigaciones, llevadas a

efecto con saludable pausa, nos revelan, sin lugar a dudas, que las formas poéticas del orbe islámico fueron asimiladas por el hombre hispano, que supo adaptarlas e introducir en ellas cuantas variaciones requería el vuelo de su numen y de su psicología.

De aquellas primeras revisiones de los manuscritos árabes, conservados en la biblioteca del monasterio del Escorial, derivan fecundas adquisiciones posteriores. Por esta y por otras razones esporádicas la literatura española ha visto resaltados y afinados los nexos, las interacciones y mutuas dependencias con otras literaturas. Un *fluir* literario, así concebido, alcanza las sólidas estribaciones de la exactitud.

Hoy día, la literatura española se interpreta desde originales perspectivas. La presencia del tema árabe en su entraña le confiere significaciones, antes inadvertidas. Por ejemplo, ya nadie ignora que los fondos del misticismo castellano se relacionan de manera íntima con las lucubraciones esotéricas de los santones orientales. Y de la misma manera, la crítica literaria señala un parentesco inmediato entre las alhambras retóricas de los árabes y el artificio metafórico de Juan de Mena, Fernando de Herrera y Luis de Góngora. Y qué decir de los fondos nostálgicos de un pueblo que renacen en los trinos de la copla andaluza, que se recogieron en muchos romances, impregnando como un efluvio plurales creaciones de algunos altísimos espíritus.

Estudió Menéndez y Pelayo las ideas estéticas y literarias de los árabes españoles. En algunos de ellos descubrió la dulce nota neoplatónica que habría de trenzarse en bellas páginas de Cervantes. Analizó los tratados didácticos de retórica y poética de los musulmanes. Y para hacer culminar su afán de investigación glosó con certera intuición las doctrinas musicales de los artistas islámicos.

De estas incitaciones a la investigación se ha llegado al convencimiento de que los árabes vivieron en tierras de adopción y conquista, en ciudades y campos que habían sido cuna de sus antepasados. En sus venas corrían soleras ancestrales. Pero sin embargo, y esto no debe olvidarse, el ambiente, la savia terrícola, los soles abrasados de Andalucía, los vientos fríos de Castilla, la gentil y fronteriza, hicieron posi-

ble y más bello el prodigio de su cultura. De una cultura que nutrió las sensibilidades americanas. Porque con razón se ha dicho que cuando el árabe se desposó con tierra española produjo sus obras más geniales. De ese maridaje provienen los españoles de América. En él hay que buscar el máximo secreto de una civilización, de una cultura, de un alma.